

# EIFF, Leonardo (2023) El ojo ruso. Intelectuales, arte y política en los márgenes de la modernidad, Tinta Limón Ediciones, Buenos Aires, 473 páginas.

*Eduardo Nazareno Sánchez<sup>1</sup>*

Discutir el impacto de la Revolución rusa en la historia contemporánea es un pleonasma porque ésta no se entiende sin considerar la primera. En este sentido, el objetivo del trabajo aquí reseñado es pensar en los trazos, en los espacios irreductibles de las transformaciones y las fuerzas liberadas por los sucesos acaecidos en Rusia hace poco más de un siglo. Antes de empezar es importante aclarar que abordaremos el trabajo desde los tópicos que elabora el autor más que desde las referencias a la vasta bibliografía que utiliza, textos que van desde Hannah Arendt, pasando por Derrida, hasta llegar a autores argentinos y latinoamericanos. Comencemos entonces.

En la introducción, Eiff inicia con la referencia a la demolición del Palacio de la República, edificio de la Berlín Socialista, allá por el año 2008. Este ejemplo es una muestra del pasaje simbólico del totalitarismo a la democracia porque siempre lo que se construye, o destruye, es el significado de la historia; la representación, más que el objeto en sí. Por lo tanto, la cuestión es si es posible, y la manera de hacerlo, pensar el pasado soviético, pero de una forma distinta: ver la modernidad a través del lente ruso, el cual nos permite enfatizar en al menos tres aspectos: la versión radicalizada de la modernidad, el lugar de la historia y la irrupción de la postmodernidad. En última instancia, el meollo radica en comprender, en producir, un giro en la manera en la que pensamos la historia, en el lugar que ocupó y el alcance del comunismo como un proyecto histórico viable, pero nunca como la consumación de la historia misma.

La primera parte del libro, titulada “Huellas”, empieza por aclarar el tipo de fuente que utiliza el autor: las cartas, pero no cualquiera, sino cartas al poder; este género epistolar permite profundizar en el tercero medular, en lo que estaba

---

**Recibido: 13 de marzo de 2024 ~ Aceptado: 7 de junio de 2024 ~ Publicado: 15 de agosto de 2024**

<sup>1</sup> Profesor de Enseñanza Media y Superior en Historia y Licenciado en Historia, ambos por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Magíster en Estudios Sociales Latinoamericanos por la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Pertenencia institucional: Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: eduardo.n.sanchez.1988@gmail.com



sucedido y sobre lo que escriben los sujetos en tanto necesidad histórica. A partir de esta definición, el autor se hace eco de distintos pensadores, entre ellos Efrón, Trotsky, Bujarin, etc., siempre en vistas del ascenso de Stalin como máximo dirigente de la Unión Soviética. En consecuencia, esta cuestión nos abre la puerta a indagar en la relación entre los intelectuales y el poder; aspecto que no es menor debido a la importancia de la *intelligentsia*, más todavía bajo la consideración del aspecto crítico, es decir, hasta dónde los intelectuales son críticos, valga la redundancia, de los grupos de poder, o lo que Sartre denominó como “fidelidad dialéctica”, cuál es el punto de equilibrio entre ser autónomo u orgánico. Los revolucionarios fueron fieles y leales porque la revolución fue un viaje sentimental ya que, en un nivel muy elemental, es imposible escapar de semejante acontecimiento. Es aquí donde entra en juego la memoria, como el canal que permite conectar “una vida con otra”, lo que estaba con lo que transformó la revolución, la cual nunca coincide con el tiempo histórico, porque la revolución, valga la redundancia, es lo que queda, nunca es completa. En este punto, como bien retoma el autor en el libro, podemos tomar como referencia la obra “El siglo” de Badiou, como una forma de pensar la naturaleza de la revolución y su lugar en la centuria pasada.

Las diatribas de la historia son a las que se aboca Eiff en el apartado siguiente, en cómo pensar el trauma de la modernización que generó la revolución ya que tuvo lugar en una sociedad tan atrasada como la rusa; sobre todo si consideramos la disociación entre los campesinos, con sus respectivas creencias y supersticiones en el marco de, por ejemplo, la irrupción del tractor en el campo soviético como símbolo de la modernidad. En esta dirección, teniendo presente la obra de Tolstoi, se abrían una serie de interrogantes para los bolcheviques en el poder debido a que tenían que conciliar dos planos que se separaban cada vez más, la velocidad de la revolución y la necesidad de aniquilar el *aziatsvo* presente en el campo soviético. Aspecto que finalmente fue solucionado, si es adecuado el término, por Stalin. Más allá del análisis en sí del campesinado, la discusión que se abre tiene, asimismo, relación con el papel del arte dentro del proceso revolucionario, por ejemplo, los formalistas rusos; en términos de pensar si el arte, concretamente la literatura, tiene un vínculo indisoluble con la política o si sólo tiene como función ampliar los horizontes de la realidad. Sería redundante aclarar el papel del arte hacia la década de 1930 con el ascenso de Stalin y el realismo socialista en el mundo artístico, cuestión que se torna relevante siempre que tengamos presente que no era cualquier arte, sino que era “el arte después de la revolución”.

Ahora bien, llegados a este punto, en el cual hemos considerado algunos de los debates que expuso a la luz la revolución soviética, los mismos cobran densidad conceptual porque se produjeron en un lugar particular, en Rusia, que no era

cualquier punto geográfico, como ya vimos, sino un espacio al margen del mundo civilizado y, en consecuencia, carente de una burguesía. De esta forma, Rusia quedaría en las antípodas el mundo europeo/occidental y la tarea de modernizarla sería resultado del accionar de los grupos dirigentes que no tardarían en darle la espalda al pueblo ruso, como bien atestigua el caso de la San Petersburgo del zar Pedro.

Llegamos así a la segunda sección del libro que se denomina “Fulgores” y empieza por marcar la relación entre las utopías y los proyectos políticos, es decir, concebir a las primeras como planes o proyectos y no como elementos u obras divagantes, sin ninguna posibilidad de realización. Por lo cual el rol de los autores, intelectuales, se torna fundamental; en la Unión Soviética eran los artistas-ingenieros ya que eran ellos quienes tenían en su poder la transformación en marcha de una sociedad que debía construir una estética en un mundo nuevo, hasta cierto punto, esos artistas eran los demiurgos de la sociedad que estaba surgiendo. Siendo, finalmente, Stalin, el máximo artista, el creador del arte total: el socialismo soviético. Aspecto que se reprodujo en los más diversos parámetros, desde el cine hasta los afiches.

Sin embargo, la energía puesta en dicho ámbito no había logrado conquistar todos los aspectos de la vida soviética, sobre todo fuera de Rusia. Así, por ejemplo, en Berlín oriental, el consumo escapaba del control soviético; de ahora en adelante, hacia la década de los 60', el objetivo del gobierno sería crear bienes de consumo masivo, con la estética acorde al ideal soviético, para satisfacer los deseos del individuo moderno. En última instancia, la cuestión que se encuentra de fondo en todo esto es la construcción de un hombre nuevo de un modo de vida diferente, para lo cual se pusieron en juego gran parte de las herramientas que mencionamos previamente; el triunfo de la revolución era el establecimiento de una forma de vida diferente. Un elemento concreto donde podemos apreciar esta transformación es en el pasaje de la *kommunalka* a las *jrushchovkas*, grandes edificios que tenían una diferencia sustancial respecto de las primeras: la cocina propia, lo cual significó un cambio crucial en la forma de socialización del socialismo y abrió la puerta a la liberación del deseo, la subjetivización del consumo y, sobre todo, la politización en el ámbito privado por fuera de los parámetros establecidos por el gobierno.

La sección que prosigue en el trabajo tiene el nombre de “Penumbas” y se inicia con las rebeliones estudiantiles de la década de 1960, entendidas como uno de los quiebres en el derrotero soviético. Lo interesante de estos movimientos fue que marcaron una importante brecha vital entre el pasado y lo nuevo que estaba surgiendo, como así también el lugar de la vanguardia que parecía ser arrebatada por los estudiantes a los obreros, dos polos que se oponían, pero se atraían mutuamente. Esta cuestión nos abre la puerta a pensar la herencia de la revolución, es decir, si debe

ser impugnada o no. A este punto se dedica el autor en el siguiente apartado donde enfatiza, como ya se mencionó precedentemente, en el acontecimiento que significó la revolución y en considerar las perspectivas a la hora de analizarla, por ejemplo, la relación entre humanismo y terror.

Las últimas partes del libro se van concatenando en torno a dos temas: primero, las discusiones sobre la izquierda y su relación con la democracia; segundo, América Latina. En cuanto al primero, a partir de la fecha con la que venimos trabajando, 1960, empezaron a surgir diversas lecturas sobre el crepúsculo inevitable de la revolución y el resurgimiento de la democracia como el único horizonte posible para la construcción de una sociedad más igualitaria. Aspecto que, además, implicó discutir sobre elementos del sistema soviético como la burocracia, la herencia del bolchevismo, el Estado, los derechos humanos, entre otros; gran parte de estas cuestiones fueron las que se hicieron presentes con el movimiento *Solidaridad* en Polonia unos años más tarde.

Asimismo, debemos tener en cuenta que gran parte de estas discusiones se produjeron en el marco de la expansión del neoliberalismo, en consecuencia, fueron debates que no estuvieron exentos de las aristas económicas y del cambio de paradigma. Desde Keynes hasta Von Mises, las críticas sobre el funcionamiento de la economía soviética han sido recurrentes en diversos aspectos, desde la escasez hasta la ineficiencia del Estado. Frente a lo cual se ha planteado como solución el rol del mercado y la importancia del dinero para asegurar la circulación de bienes ya que, en conjunto, constituyen el único mecanismo que funciona como un indicador del costo de oportunidad para el uso de los recursos, siempre siguiendo la lectura del referenciado Von Mises. Lo que se encuentra en el fondo de esta discusión, entre otros tópicos por supuesto, es la libertad, en el sentido de si sólo alcanza con la satisfacción de las necesidades económicas para lograr dicha condición o si se necesitan transformaciones más profundas.

En contraposición al mercado absoluto, la economía soviética expuso alternativas como la planificación centralizada y la militarización del trabajo, entre otras. Empero, la cuestión estriba en considerar, como ha señalado Rubin, en que existe un antagonismo conceptual entre capitalismo y socialismo, por lo tanto, no se pueden implementar conceptos abstraídos de su forma social-histórica para mejorar la coordinación de la economía socialista. A partir de este punto, autores como Lange, por ejemplo, han elaborado diferentes opciones en vistas de mejorar el funcionamiento de la economía socialista a partir de la determinación de una estructura objetiva de precios; en coincidencia con otros trabajos como Nove y el “socialismo factible” o la idea del hombre nuevo del Che Guevara.

De esa forma, se tiende un puente hacia el último punto, finalmente, sobre América Latina, que también tiene su revolución, su particularidad, como fue la revolución mexicana primero, y la revolución cubana después. En cierta forma, al igual que en Rusia, en nuestro continente lo que se puso en discusión estaba relacionado con las condiciones de la periferia capitalista; además de cuestiones propias del proceso revolucionario, como la relación con los intelectuales, siendo el caso Padilla en Cuba el más significativo de todos. En este sentido, Latinoamérica y la Unión Soviética presentan puntos de contacto para un análisis en conjunto.

En conclusión, las tres partes del libro nos invitan a indagar en la conjunción de lo que Koselleck ha denominado como “espacio de experiencia y horizonte de expectativa”, es decir, en la manera en la cual el pasado, en este caso el mundo soviético, ha impactado y sigue presente en nuestra cotidianeidad. Justamente, la cuestión radica en entender que esas discusiones abiertas siguen vigentes tanto por el pasado soviético, pero también debido a la incapacidad de ofrecer una resolución dentro del marco capitalista. Es en este contexto en el cual cobra tanta relevancia recuperar, discutir, discernir, etc., sobre el legado de la Revolución rusa para el mundo, incluso, como bien demuestra el libro, para América Latina, al exponer y explorar los intersticios de la inacabada modernidad capitalista.